

enemigos

UNA HISTORIA
DE AMOR

Isaac
Bashevis
Singer



NOVELA

Isaac Bashevis Singer

Enemigos, una historia de amor

Enemies, a love story

Traducción de: Ana M^a de la Fuente

Primera Edición: Julio, 1979

Colección Varia

© 1972 by Isaac Bashevis Singer

© 1974 Plaza & Janés, S.A. Editores

Virgen de Guadalupe, 21-33

Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Gráficas Guada, S.A.

Virgen de Guadalupe, 33

Esplugas de Llobregat (Barcelona)

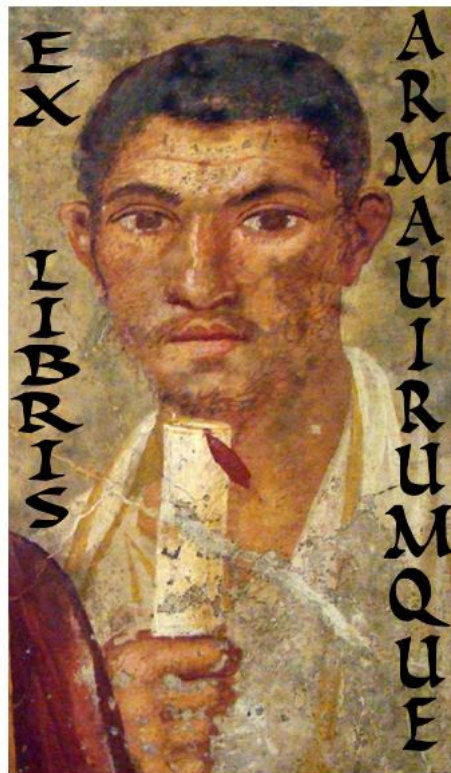
ISBN: 84-01-48063-9

(ISBN: 0-374-14830-9 Farrar, Straus and Giroux. Nueva York. Ed. original.)

Depósito Legal: B. 25.388-1979

Isaac Bashevis Singer

Premio Nobel de Literatura 1978



Enemigos, una historia de amor

Toda la familia Broder fue aniquilada en el holocausto nazi de Polonia. Sólo Herman logra escapar a la muerte ocultándose en un henil. Posteriormente le vemos en Coney Island (Brooklyn), con su segunda esposa, Yadwiga. Pero él está íntimamente ligado a Masha, separada de su marido. Herman se entera de que Tamara, su primera esposa, vive y se halla en los Estados Unidos. Muy pronto, las tres mujeres conocen la verdad sobre su respectivo lugar en la vida de Herman, y cada una propone su propia solución.

Ésta es la historia de amor de tres, —o tal vez cuatro— enemigos...

Sólo un gran narrador como Bashevis Singer podía dar tanta lozanía a un tema cargado de signos.

“En el principio fue la lujuria”, se dice el protagonista de esta novela de Singer, palabras que expresan ya claramente el tema de la obra. Lo que hace de ésta una novela diferente es la fantástica historia que relata.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

1

Herman Broder dio media vuelta y abrió un ojo. Adormecido como estaba, no sabía si se encontraba en América, en Tzivkev o en algún campo alemán de refugiados. Durante un momento llegó a imaginar que estaba escondido en el henil de Lipsk. A veces, todos estos lugares se confundían en su cerebro. Sabía que estaba en Brooklyn, pero oía gritar a los nazis. Clavaban las bayonetas en el heno para obligarle a salir, mientras él se agazapaba más y más. La hoja de una bayoneta le rozó la cabeza.

Tuvo que hacer un esfuerzo para despertar del todo. “¡Basta!”, gritó, sentándose en la cama. Era media mañana. Yadwiga se había vestido hacía rato. Herman se vio reflejado en el espejo de la pared de enfrente: la cara, arrugada; el poco pelo que le quedaba, antes rojo, estaba amarillento, con vetas grises; los ojos azules, penetrantes, pero dulces; cejas hirsutas, nariz afilada, mejillas hundidas y labios finos.

Herman se despertaba siempre desaliñado y maltrecho, como si hubiera pasado la noche peleando. Aquella mañana hasta tenía una señal amoratada en su ancha frente. Se la palpó. “¿Qué es esto?”, se preguntó. ¿Se lo habría hecho la bayoneta del sueño? La idea le hizo sonreír. Seguramente se habría golpeado con el canto del armario cuando se levantó para ir al cuarto de baño.

—¡Yadwiga! —llamó con voz soñolienta.

Yadwiga apareció en la puerta. Era una polaca de cara sonrosada, nariz respingona y ojos claros. Su pelo era color de lino y lo llevaba recogido sobre la nuca en un moño que sujetaba una sola horquilla. Tenía los pómulos salientes y el labio inferior grueso. En una mano sostenía el paño del polvo, y en la otra, una pequeña regadera. Llevaba un vestido a cuadros rojos y verdes, de una forma poco corriente en el país, y calzaba unas deslucidas zapatillas.

Cuando acabó la guerra, Yadwiga pasó un año con Herman en el campo alemán de refugiados, y hacía ya tres que vivían en Norteamérica, pero conservaba su ingenuidad y naturalidad de campesina polaca. No usaba cosméticos, y había aprendido sólo unas cuantas palabras de inglés. A veces, le parecía a Herman que aún la acompañaban los olores de Lipsk: en la cama olía a manzanilla; ahora, de la cocina llegaba olor a remolacha, a patata temprana, a eneldo y a algo más, algo de campo y de verano que no sabía cómo se llamaba, pero que le recordaba a Lipsk.

Ella le miró con cariñoso gesto de reproche, moviendo la cabeza:

—Es tarde, —dijo—. Ya he hecho la colada y la compra, me he desayunado y hasta volvería a comer.

Yadwiga hablaba un dialecto polaco del campo, y Herman lo hacía en polaco, a veces, en yiddish, lengua que ella no entendía, y en ocasiones soltaba alguna que otra cita bíblica

en la lengua sagrada, o alguna frase del Talmud, que la mujer siempre escuchaba atentamente.

—*Shikseh*, ¿qué hora es?

—Casi las diez.

—Voy a vestirme.

—¿Tomarás té?

—No; no es necesario.

—No andes descalzo. Te traeré las zapatillas. Las he limpiado.

—¿Otra vez las has limpiado? Pero, ¿quién limpia zapatillas?

—Estaban muy secas.

—¿Y con qué las has limpiado? —preguntó Herman encogiéndose de hombros—. ¿Con brea? Sigues siendo una campesina de Lipsk.

Yadwiga fue al armario y sacó el albornoz y las zapatillas de Herman.

Aunque estaban casados y todos los vecinos la llamaban señora Broder, trataba a Herman como si todavía estuvieran en Tzivkev y ella siguiera siendo una criada en casa del padre de él, Reb Shmuel Leib Broder. Toda la familia de Herman había sido aniquilada en el holocausto. Herman estaba vivo porque Yadwiga lo había escondido en un henil, en su pueblo natal de Lipsk. Ni a su madre le dijo dónde lo había escondido. En 1945, después de la liberación, Herman supo, por un testigo, que Tamara, su esposa, había sido fusilada, después de separarla de sus hijos, para matarlos. Herman se fue con Yadwiga a Alemania, a un campo para personas desplazadas, y más adelante, cuando obtuvo un visado para Norteamérica, se casó con ella en una ceremonia civil. Yadwiga estaba dispuesta a abrazar la fe judía, pero a Herman le parecía inútil atarla a una religión que él mismo había dejado de practicar.

El lento y peligroso viaje a Alemania; la travesía en un buque militar hasta Halifax y el trayecto en autobús hasta Nueva York habían intimidado a Yadwiga de tal modo, que aún ahora temía viajar sola en Metro. Nunca iba más allá de unos cuantos bloques de la casa en que vivía. En realidad, no necesitaba ir más lejos; Mermaid Avenue le proporcionaba cuanto necesitaba: pan, fruta, verdura, carne *kosher* (Herman no comía carne de cerdo) y algún que otro par de zapatos o vestido.

Los días en que Herman no trabajaba, él y Yadwiga salían a pasear por el Boardwalk. A pesar de que él le decía con frecuencia que no tenía por qué agarrarse a él, —no pensaba echar a correr—, Yadwiga no le soltaba el brazo. El ruido la ensordecía; todo vibraba y se agitaba ante sus ojos. Sus vecinos la invitaban a ir con ellos a la playa, pero desde el viaje en barco a América, Yadwiga tenía horror al mar. Una simple mirada a las olas era suficiente para revolverle el estómago.

De vez en cuando, Herman la llevaba a una cafetería de Brighton Beach, pero Yadwiga no acababa de acostumbrarse al estrépito de los trenes que cruzaban por el El (¹), ni a la algarabía de los automóviles que pasaban a gran velocidad en todas direcciones, ni a las multitudes que llenaban las calles. Herman le había comprado un guardapelo en el que puso un papel con su nombre y dirección, por si se perdía. Pero Yadwiga no se fiaba, recelaba de todo lo que estaba por escrito.

El cambio que se había operado en la vida de Yadwiga parecía obedecer a un acto de la Providencia. Durante tres años, Herman había dependido enteramente de ella. Ella le llevaba agua y alimentos al henil y limpiaba sus desperdicios. Cada vez que Marianna, su

¹ Ferrocarril elevado.

hermana, tenía que subir al henil, Yadwiga se encaramaba a la escalera para avisarle que se escondiera en el hueco que se había hecho en la parte más honda. Durante el verano, cuando se guardaba el heno nuevo, Yadwiga lo escondía en la bodega de las patatas. Ponía a su madre y a su hermana en constante peligro; si los nazis hubieran descubierto a un judío escondido en el granero, habrían fusilado a las tres mujeres y quizá hubieran incendiado el pueblo.

Ahora Yadwiga vivía en un piso alto de una casa de apartamentos de Brooklyn. Tenía dos habitaciones regias, una sala, cuarto de baño, cocina con nevera, fogón de gas, electricidad y hasta un teléfono, por el que Herman la llamaba cuando estaba de viaje, vendiendo libros. Por lejos que estuviera su trabajo, su voz sonaba muy cerca. Y cuando estaba de buen humor, hasta le cantaba por teléfono aquella canción que tanto le gustaba a ella:

¡Oh, si tuviéramos un hijo,
loado sea el Señor!
¿Dónde acunaríamos a nuestro gozo?
loado sea el Señor
Abajo, en la calle,
hay un tonel en la nieve.
En él pondríamos al niño
y le cantaríamos una dulce nana.
¡Oh, si tuviéramos un hijo,
loado sea el Señor de los pobres!
¿Con qué envolveríamos a nuestro gozo?
loado sea el Señor de los pobres
Con tu gran delantal,
con mi bufanda de lana
envolveríamos al niño
para preservarlo del frío.

Pero todo quedaba en una canción. Herman tenía gran cuidado de no dejar encinta a Yadwiga. En un mundo en el que se arrancaba a los niños de los brazos de su madre para asesinarlos, no era lícito tener más hijos. Para Yadwiga, aquel apartamento era la compensación por no tener hijos. Era como un palacio encantado de los cuentos que narraban las viejas del pueblo, mientras trenzaban el lino o preparaban las plumas para hacer edredones. Apretabas un botón de la pared y se encendían las luces. Había grifos de agua fría y caliente. Le dabas la vuelta a una llave y aparecía una llama, en la que podías cocinar. Había un recipiente grande para el baño diario, que te mantenía limpia y libre de piojos y pulgas. ¿Y la radio? Herman le sintonizaba una emisora que transmitía en polaco por la mañana y por la tarde y daba canciones polacas, mazurcas y polcas, sermón los domingos y noticias de Polonia, que ahora había caído en poder de los bolcheviques.

Yadwiga no sabía leer ni escribir, pero Herman le escribía cartas para su madre y su hermana. Cuando llegaba la respuesta, escrita por el maestro del pueblo, Herman se la leía. Algunas veces, Marianna ponía en el sobre una semilla, un tallo con una hoja de manzano o una flor, recuerdos de Lipsk para la lejana América.

Sí, en este lejano país Herman era para Yadwiga marido, hermano, padre y Dios. Ella lo quería ya, cuando no era más que una criada en casa del padre de él. Ahora, que vivía con él en tierra extraña, se decía cuán acertada estuvo al admirar su inteligencia y valía. Él

sabía ir por el mundo: tomaba trenes y autobuses, leía libros y periódicos y ganaba dinero. Si ella necesitaba algo para la casa, no tenía más que decírselo, y él se lo llevaba o lo mandaba por un recadero, y Yadviga firmaba como él le había enseñado, con tres circulitos.

Un 17 de mayo, día de su santo, Herman le regaló dos periquitos. El amarillo era macho, y el azul, hembra. Yadviga les puso los nombres de *Woytus* y *Marianna*, por sus amados padres y hermana. Yadviga nunca se llevó bien con su madre. Cuando murió el padre, la madre volvió a casarse, y su segundo marido pegaba a sus hijastros. Por culpa de él, Yadviga tuvo que marcharse de casa y entrar a servir en casa de los judíos.

Si Herman hubiera pasado más tiempo en casa o, por lo menos, hubiera dormido allí todas las noches, Yadviga se habría sentido plenamente feliz. Pero él tenía que irse de viaje a vender libros para ganarse la vida. Cuando Herman no estaba, Yadviga echaba la cadena, tanto por miedo a los ladrones, como para que no entraran las vecinas. Las viejas que vivían en otros apartamentos del edificio le hablaban en una mezcla de ruso, inglés y yiddish y trataban de curiosear en su vida, preguntándole de dónde venía y a qué se dedicaba su marido. Herman le advirtió que les dijera lo menos posible y le enseñó a decir en inglés: “Perdone, no tengo tiempo.”

Mientras se llenaba la bañera, Herman se afeitó. La barba le crecía muy aprisa. En una noche su cara se ponía tan áspera como un rallador. Veía su imagen en el espejo del armario—botiquín: un hombre delgado, de estatura más que regular, de tórax estrecho y cubierto de mechones de pelo parecidos a los rizos de material de relleno que asoman de las viejas butacas. Por mucho que comiera, no engordaba. Podían contársele las costillas y tenía profundos surcos entre el cuello y los hombros. La nuez le subía y le bajaba como si fuese incapaz de dominarla. Toda su figura reflejaba un gran cansancio. Mientras se afeitaba, dejó correr la imaginación. Los nazis habían vuelto al poder y ocupaban Nueva York. Herman se había escondido en aquel cuarto de baño. Yadwiga había hecho tapiar y pintar el hueco de la puerta, para que se confundiera con el resto de la pared.

“¿Dónde me sentaría? Aquí, en el inodoro. Podría dormir en la bañera. No; demasiado corta.” Herman miró las baldosas del suelo, a fin de ver si había espacio suficiente para estirarse. Aunque se tendiera en diagonal, tendría que doblar las rodillas. Bueno, por lo menos allí tendría aire y luz. El baño tenía una ventana que daba a un patio pequeño.

Herman se puso a calcular la cantidad de comida que Yadwiga tendría que llevarle cada día, para que pudiera sobrevivir: dos o tres patatas, una rebanada de pan, un pedazo de queso, una cucharada de aceite y, de vez en cuando, una píldora de vitaminas. No le costaría más de un dólar a la semana, un dólar y medio a lo sumo. Herman tendría consigo unos cuantos libros y papel para escribir. Comparado con el henil de Lipsk, esto sería un lujo. También procuraría hacerse con una pistola o, tal vez, con una metralleta. Cuando los nazis descubrieran su escondite y entraran a arrestarle, los recibiría con un chorro de balas, de las cuales reservaría una para sí.

Por poco se sale el agua de la bañera; el cuarto de baño se había llenado de vapor. Herman se apresuró a cerrar los grifos. Estos sueños empezaban a tomar un carácter obsesivo.

En cuanto se metió en la bañera, Yadwiga abrió la puerta.

—Aquí te traigo el jabón.

—Todavía queda.

—Éste es perfumado. Huele. Tres pastillas por diez centavos. Yadwiga olió el jabón antes de dárselo. Aún tenía las manos ásperas, de campesina. En Lipsk trabajaba como un hombre.

Sembraba, segaba, trillaba, plantaba patatas y hasta cortaba leña con la sierra y con el hacha. Sus vecinas de Brooklyn le daban toda clase de cremas suavizantes; pero sus manos seguían siendo ásperas como las de un labrador. Tenía las pantorrillas musculosas y duras como una piedra. El resto de su cuerpo era suave y femenino. Sus senos eran llenos y blancos, y sus caderas, redondeadas. Aparentaba menos de los treinta y tres años que tenía.

Desde que amanecía hasta que se acostaba, Yadwiga no paraba ni un momento. Siempre encontraba algo que hacer. La casa no estaba lejos del mar, pero por las ventanas entraba mucho polvo, y Yadwiga se pasaba el día lavando, rascando, sacando brillo y fregando. Herman recordaba que su propia madre la elogiaba por ser tan trabajadora.

—Deja que te enjabone, —dijo Yadwiga.

En realidad, él deseaba estar solo. Aún no había acabado de imaginar los detalles de su plan para esconderse de los nazis aquí, en Brooklyn. Por ejemplo, habría que disimular la ventana para que no la vieran los alemanes. Pero, ¿cómo?

Yadwiga empezó a enjabonarle la espalda, los brazos, las caderas. Él había frustrado su vocación de madre, por lo que Herman había ocupado el lugar del hijo que no había podido tener. Ella le mimaba y jugaba con él. Cada vez que salía de casa, ella temía que no volviera, que se perdiera en el inmenso torbellino de América. Su vuelta a casa era siempre como un milagro. Ella sabía que aquel día tenía que ir a Filadelfia, donde debía pasar la noche, pero, por lo menos, estaba en casa a la hora del desayuno.

De la cocina llegó el aroma de café y pan caliente. Yadwiga sabía hacer bollos de comino como los que comían en Tzikev, y le preparaba toda clase de postres y platos exquisitos: empanadas, albóndigas con *borscht*, mijo con leche, sopas de avena.

Todos los días tenía dispuesta para él una camisa recién planchada, ropa interior y calcetines. Ella quería hacer mucho y él necesitaba muy poco. Pasaba más tiempo de viaje que en casa. Ella deseaba vivamente hablar con él.

—¿A qué hora sale el tren? —preguntó.

—¿Qué? A las dos.

—Ayer dijiste a las tres.

—A las dos y unos minutos.

—¿Dónde está esa ciudad?

—¿Te refieres a Filadelfia? En Norteamérica, ¿dónde quieres que esté?

—¿Está lejos?

—Estaría lejos en Lipsk; aquí está sólo a unas horas de tren.

—¿Cómo sabes tú quién va a querer comprar libros?

—No lo sé —respondió Herman, pensativo—. Busco a los compradores.

—¿Por qué no vendes los libros aquí? Aquí hay mucha gente.

—¿En Coney Island? Aquí se viene a comer palomitas de maíz, no a leer libros.

—¿Qué clase de libros son?

—De muchas clases: cómo construir puentes, cómo adelgazar, cómo gobernar el país. También hay libros de canciones, novelas, obras de teatro, la vida de Hitler...

Yadwiga se puso muy seria.

—¿Se escriben libros sobre semejante cerdo?

—Se escriben libros sobre toda clase de cerdos.

—Bueno.

Yadwiga se fue a la cocina. Al cabo de un rato, Herman la siguió.

Yadwiga había abierto la jaula, y los periquitos volaban por la cocina. *Woytus*, el amarillo, se posó en el hombro de Herman. Le gustaba picotearle la oreja y recoger migas de sus labios o de la punta de su lengua. Yadwiga estaba admirada de lo joven, fresco y contento que estaba Herman después del baño y el afeitado.

Le sirvió bollos calientes, pan moreno, una tortilla y café con crema de leche. Por más que ella procuraba alimentarle bien, no comía como es debido. Mordió un bollo y lo dejó. La tortilla sólo la probó. Seguramente durante la guerra se le había encogido el estómago. De todos modos, siempre había comido poco. Su madre se lo reprochaba cada vez que él volvía a casa desde Varsovia, de la Universidad.

Yadwiga movió la cabeza con gesto de preocupación. Herman tragaba la comida sin masticar. A pesar de que aún faltaba mucho para las dos, no hacía más que mirar el reloj.

Estaba sentado en el borde de la silla, como si fuera a saltar de un momento a otro. Parecía estar mirando a través de la pared.

Bruscamente, salió de su abstracción y dijo:

—Esta noche cenaré en Filadelfia.

—¿Con quién cenarás? ¿Tú solo?

Herman empezó a hablarle en yiddish.

—Solo. ¡Eso es lo que tú imaginas! Cenaré con la reina de Saba.

Yo tengo de vendedor de libros lo que tú de esposa del Papa. Ese rabino de pacotilla para el que yo trabajo... De todos modos, de no ser por él, nos moriríamos de hambre. Y esa pájara del Bronx es toda una esfinge. Es un milagro que entre los tres no me hayáis hecho perder el seso. ¡Pif-pof!

—¡Habla de modo que te entienda!

—¿Por qué quieres entender? “En el mucho saber hay mucho dolor”, lo dice el Eclesiastés. La verdad se sabrá, no aquí, sino en el más allá, siempre que quede algo de nuestras pobres almas. Si no, tendremos que pasarnos sin la verdad...

—¿Más café?

—Sí, más café.

—¿Qué dice el periódico?

—Han hecho una tregua, pero no durará. Esos búfalos empezarán a pelear otra vez muy pronto. Nunca se cansan.

—¿Y dónde es ahora?

—En Corea, en China, donde tú quieras.

—Han dicho por la radio que Hitler está vivo.

—Aunque haya muerto un Hitler, hay millones deseando ocupar su lugar.

Yadwiga se quedó un momento pensativa, apoyada en la escoba. Luego dijo:

—La vecina del pelo blanco, la de la planta baja, me dijo el otro día que trabajando en una fábrica podría ganar veinticinco dólares a la semana.

—¿Quieres trabajar?

—Se me hace el día muy largo, sola en casa, sin nadie con quien hablar. Pero las fábricas están lejos. Si estuvieran más cerca, probaría.

—En Nueva York nada está cerca. O viajas en Metro, o te quedas clavado en el sitio.

—Yo no sé el inglés.

Podrías tomar lecciones. Yo podría inscribirte en algún curso, si quieres.

—Dijo esa mujer que no admiten a los analfabetos.

—Yo podría enseñarte las letras.

—¿Cuándo? Si nunca estás en casa...

Herman sabía que ella tenía razón. Además, a su edad, sería difícil aprender. Cada vez que tenía que firmar alguna cosa con los tres circulitos, se ponía colorada y sudaba. Le costaba mucho trabajo pronunciar hasta la palabra más fácil.

En general, Herman entendía su polaco de campesina, pero a veces, por la noche, cuando la embargaba la pasión, se ponía a hablar en una jerga de pueblo que él apenas podía seguir, y decía frases y palabras que él nunca había oído. ¿Podía ser la lengua de antiguas tribus del campo, tal vez de tiempos paganos? Hacía ya tiempo que Herman había advertido que la mente contiene más de lo que puede recopilarse en una vida. Los genes deben recordar otras épocas. Incluso *Woytus* y *Marianna* parecían poseer un lenguaje heredado de generaciones de periquitos. Era evidente que sostenían conversaciones, y no

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

